Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original:

Política de asimilación de los indios en México contemporáneo

Author(s)/ autor(es):

Teresa Walendziak

Published originally as/ Publicado originalmente en:

Estudios Latinoamericanos, 22 (2002), pp. 201-207.

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios2002.v22.art13>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

Política de asimilación de los indios en el México contemporáneo

Teresa Walendziak

Museo Nacional de Etnología, Varsovia

La actividad intencional cuyo objetivo era asimilar a los indios fue llevada a cabo prácticamente desde que existió el Estado mexicano. Conforme a los principios del liberalismo, tan popular en aquella época, la Constitución, promulgada en 1824, consideró a todos los habitantes del país ciudadanos mexicanos iguales ante el derecho. Así fue abolida la llamada República de los indios, a la cual pertenecían en la época colonial todos los indios. Sus leyes eran un poco diferentes que las de toda Nueva España y, lo que es más importante, la legislación de la época permitió que existiera en ella la propiedad comunal indígena. Estas leyes no defendieron a los indios ya que siempre se les quitaba la tierra, sino que, de todas formas, obstaculizaron ese proceso.

Promulgada la Constitución de 1824, las autoridades de los respectivos estados mexicanos decretaron la distribución de los terrenos indígenas; las tierras de las comunidades habían de ser divididas en parcelas individuales. La repartición de la propiedad comunal y la introducción de una economía basada en la propiedad particular individual se convirtieron en uno de los principios básicos de la política económica realizada por México en el siglo XIX. Estas ideas ejercieron una gran influencia en la sociedad mexicana de entonces; tampoco le son ajenas a la sociedad actual. Dicha política aceleró la desintegración de la cultura indígena activando mucho el proceso de asimilación de los indios. Sin embargo, éstos se oponían fuertemente a ella y con todos los métodos que estaban a su alcance intentaban mantener sus tierras que eran base de la existencia de sus comunidades.

Una comunidad tradicional (comunidad agaria) disponía de un territorio determinado en el que entraban tanto tierras de cultivo y pastos, como bosques y terrenos incultivables. Las tierras de cultivo eran divididas en parcelas y asignadas a las respectivas familias, mientras que los terrenos restantes fueron utilizados en común. Sin em-

bargo, el derecho a utilizar la tierra correspondía solamente a aquellos que cumplían de manera adecuada con las tareas, a las que estaban obligados todos los miembros de la comunidad. Dichas tareas eran muy diversas. La comunidad indígena de México es una unidad bastante específica en cuanto a la organización económica, social y religiosa basada en un sistema de deberes determinados por un sistema jerárquico muy desarrollado de cargos públicos y de funciones religiosas relacionadas con un rico calendario ritual. El ejercicio de éstas siempre significaba gastos financieros, muchas veces bastante serios, lo que siempre desempeña el rol de un regulador económico, garantizando la continuidad de existencia de una comunidad. Cada hombre tenía que desempeñar un número determinado de funciones civiles y religiosas en su vida y sólo su adecuado cumplimiento por él y por su familia podía garantizarle el reconocimiento por parte de la comunidad. Pues, la importancia de un individuo no dependía de su estado de posesión sino de su participación en la vida comunitaria. Esta forma de entender la vida del individuo difiere mucho de la concepción europea individualista y no congeniaba en el pasado, ni congenia hoy, con el sistema de valores reconocido en México, y en muchos otros países del mundo. Era también una de las causas de que en el México del siglo XIX, se llevaba a cabo una determinada política económica.

La privación de la comunidad de su tierra constituía una grave amenaza para toda su organización y conducía a la destrucción del mundo en que vivían los indios. Las tareas, mencionadas líneas arriba, perdieron su significado, ya que el no cumplir con las mismas dejó de traer por consecuencia la pérdida de calidad de miembro de la comunidad, de la cual dependía, a su vez, el derecho a utilizar las tierras comunales. Los resultados de esos cambios no habrían sido tan trágicos para los indios si éstos hubiesen podido encontrar su propio lugar dentro de la sociedad mexicana. Desgraciadamente, ellos no tenían esta alternativa. El mundo representando por el México del siglo XIX, fuera de su comunidad, era ajeno y hostil para ellos. El idioma y el sistema de valores, tan diferente de su propio sistema, constituyeron una barrera seria. Ya los españoles condenaron a los indios al aislamiento social mientras que el proceso de quitarles la tierra, que empezó muchos años atrás, hizo que los indios pudieran sobrevivir en los terrenos apartados y aislados y donde la tierra era poco fértil. Las barreras locales y el sentido de amenaza aumentaron todavía el aislamiento de las comunidades e hicieron que se consolidasen, a su vez, las relaciones dentro del grupo, produciendo gran apego a la tradición. Un factor adicional que estimuló ese proceso fue el separatismo cultural impuesto por los blancos. Pues, el complicado sistema de castas que se había formado en la época colonial no dejó de existir junto con la Independencia de México sino que duró mucho tiempo en la conciencia social.

Podría parecer que esto pasó. Pero no es así. Y aunque la propiedad comunal de la tierra fue reconocida en el año 1915 y, posteriormente, se inició la reforma agraria, estos

pasos constituyen la siguiente etapa del proceso que llevaba a la asimilación de los indios. Como consecuencia de la reforma agraria, que duró muchos años, apareció otro tipo de comunidad, llamado „ejido” que domina actualmente en México. Éste fue creado sobre la base de los latifundios que habían sido repartidos. La tierra pertenecía formalmente al Estado y sólo fue puesta en el usufructo de las comunidades. Al igual que en las comunidades agrarias las tierras cultivables eran divididas en parcelas concedidas a respectivas familias mientras que los pastos y bosques fueron utilizados en común. La parcela no pudo ser vendida. Hasta hacía poco (1992) el usufructo de las parcelas dentro de los ejidos era vitalicio, mientras que en las comunidades agrarias el derecho a utilizar la tierra sigue estando relacionado estrictamente con el cumplimiento de los deberes que corresponden a todos los miembros de la comunidad. Las autoridades de los ejidos son elegidas por sus miembros, igual que en las comunidades tradicionales, pero dependen de los órganos de administración estatal, lo cual posibilita a estos últimos efectuar su control. Aparte de los ejidos individuales fueron creados ejidos colectivos que funcionaban a base de la propiedad común de toda la tierra y de las cosechas que luego fueron repartidas entre los ejidatarios.

La mayoría de las comunidades indígenas dispone tanto de la tierra que es su propiedad como de la tierra recibida del Estado gracias a la reforma agraria. Debido a esto existen dos formas de la propiedad, lo que complica seriamente el funcionamiento correcto de la comunidad. Donde predomina la tierra ejidal, las autoridades tradicionales dejan prácticamente de existir, ya que son paulatinamente limitadas y con el correr del tiempo quedan en su gestión solamente los asuntos religiosos [Chemin Bäsler 1984: 168]. Esto se explica, porque las autoridades de los ejidos disponen de la mayoría de las tierras y tienen, por ende, más poder. La desintegración de las comunidades facilita la aculturación de las comunidades indígenas y acelera la destrucción de su cultura tradicional.

Se suponía que el sistema de los ejidos iba a facilitar los cambios cuyo objetivo era modernizar la agricultura pero, desgraciadamente, no fue así. Los mismos mexicanos reconocen que en la mayoría de los casos los programas para el desarrollo del campo fracasaron. Esto, a su vez, significó pérdidas financieras para el Estado y el endeudamiento de los ejidos. El fracaso puede traducirse por el hecho de que los ejemplos de soluciones sociales y económicas, impuestas a las comunidades ejidales, les fueran totalmente ajenos. Un rol importante lo desempeñaron también el funcionamiento incorreto de la administración estatal, la desintegración de las comunidades y el bajo nivel de educación. Aunque se fundaban escuelas en los ejidos, no todos los niños podían ir a la escuela. Debido a que la situación económica de los miembros de los ejidos era difícil los niños tenían que trabajar en el campo. También la crisis que afectó la economía mexicana en los años 80 obstaculizó la realización del programa de ayuda a los ejidos por parte del Estado.

De entre las regiones habitadas por los indios la reforma agraria tuvo más alcance en Yucatán y en México central. En los Estados de Chiapas y de Oaxaca, donde hay más concentración de la población indígena, la reforma agraria fue bastante limitada. Los intentos emprendidos por los habitantes indígenas para formar ejidos y recuperar las tierras, que antes pertenecían a las comunidades, fracasaban muchas veces. Al mismo tiempo, algunos terratenientes lograron conservar sus latifundios. El hambre de tierra no fue liquidada; el número creciente de la población, junto con las reducidas posibilidades de lograr otras fuentes de manutención fuera del sector agrario, hacen que las tensiones sociales en el campo se mantienen desde hace muchos años. Los conflictos agrarios tuvieron lugar en numerosas regiones de México. Muchas veces llevaron a sublevaciones de los indios, terminando éstas con varias detenciones y, no poca vez, con el asesinato de quienes desempeñaban funciones políticas y dirigían la resistencia de los indios [Vera 1992: 45–46]. En cierta medida, empezó a repetirse la situación que había tenido lugar en el siglo XIX. Ciertamente estas actividades no eran tan drásticas como antes pero el objetivo siguió siendo el mismo – ocupar las tierras de las comunidades. Los métodos eran distintos – desde la ocupación ilegal de las tierras hasta la compra ilegal de la tierra de las comunidades [Aministia... 1992: 2], que, conforme a las leyes vigentes hasta el año 1992, no pudo ser vendida. Se nota que la gran propiedad está poco a poco renaciendo, lo que se debe en gran medida a la nueva legislación y a la política agraria liberal, según la cual la propiedad privada de tierra es una condición indispensable del progreso y del bienestar. A partir de 1992, en virtud de la nueva Ley Agraria, se les concede a los ejidatarios el derecho de disponer libremente de la tierra, lo que, en la situación actual, puede llevar a la disminución de la superficie de las tierras de que disponen las comunidades y en el futuro a la liquidación de una parte de ellas.

Las actividades descritas arriba llevaban a la asimilación de los indios pero ésta no era la política oficial. Sin embargo, en el siglo XX empezaron a formarse unas organizaciones gubernamentales especializadas cuya finalidad fue precisamente ésa. Dichas organizaciones desarrollaban su actividad bajo las divisas que propagaban la necesidad de integración de la población autóctona con la sociedad nacional para promover el desarrollo económico y lograr el progreso civilizatorio. En 1948 fue creado el Instituto Nacional Indigenista (INI), institución cuyo deber era encargarse de los asuntos de los indios. En muchas regiones se formaron los Centros Coordinadores del INI que con su tutela formal abarcaban 20 a 30 aldeas indígenas cada uno. El INI organizó escuelas bilingües e iba a supervisar la construcción de hospitales y promover el desarrollo de la red de carreteras y la electrificación de los terrenos en donde vivían los indios. Sin embargo, el objetivo era bien claro. Según las publicaciones oficiales del INI: *El propósito del Instituto no es mantener indefinidamente a las comunidades indígenas como comunidades indígenas, sino darles los elementos necesarios para su transformación y su identificación con las otras comunidades del país.* [Los Centros..., 1962: 12]. Fue

ésta una agencia gubernamental cuyas actividades deberían llevar a la *...integración de las comunidades indígenas en la vida económica, social y política de la nación...* [Los Centros..., 1962: 7]. El objetivo de las actividades realizadas por el gobierno de México consistió en *...llevar a las comunidades indígenas los elementos culturales, que se consideran con un valor positivo, para sustituir los elementos culturales que se consideran negativos...* [Los Centros..., 1962]. Todo ello debería conducir a la asimilación; las transformaciones deberían realizarse bajo el control de un consejero-antropólogo. Nadie preguntó a los indios mismos su consentimiento a favor de la aculturación, ya que probablemente se les consideró incapaces de evaluar debidamente su propia cultura y lo positivo que les podrían traer dichos cambios.

El INI organizó cursos para enfermeras y para maestros que luego tenían que trabajar en sus propias comunidades. Según lo que se planteaba, tenían también que convertirse en intermediarios entre la cultura nacional y la indígena, facilitando al mismo tiempo la introducción de los cambios en las comunidades. A veces esos cambios podrían ser realmente positivos para los indios, principalmente en lo referente a los tratamientos agrotécnicos o a la organización de la producción artesanal destinada a la venta. Pero muchas veces los resultados eran completamente diferentes de lo que se esperaba. Las indias que terminaban cursos para enfermeras empezaban a trabajar en sus comunidades, eso sí, pero muy pronto rompían los contactos con el INI y se convertían en curanderas. Los maestros indios, a su vez, trataban aquellos cursos como buena oportunidad para mejorar su posición social – un indio que hablaba castellano y vestía a lo europeo no era más miembro de la comunidad indígena sino el de la sociedad nacional [Favre 1973: 350–353].

Asimismo, fracasaban a menudo las actividades cuyo objetivo era mejorar verdaderamente la situación de los indios – por ejemplo organizar la producción artesanal en la comunidad. Los indios seguían dependiendo, sin embargo, de los negociantes mestizos que vendían sus productos. Pues, en la práctica, dichos cambios no mejoraban mucho la situación de los indios y a veces los hacían depender más aun del mundo externo. Hay ejemplos del progreso de algunas comunidades pero éste se debió principalmente al desarrollo de las carreteras y al surgimiento de nuevas fuentes de ingresos. Merece la pena mencionar aquí Zinacantán del Estado de Chiapas que es una de las comunidades de los tzotziles. Gracias a la extensión de la carretera panamericana, que ha terminado con el aislamiento de Zinacantán, y al desarrollo de Tuxtla Gutiérrez, capital del Estado de Chiapas, los habitantes de esa comunidad indígena tienen posibilidades de conseguir nuevos mercados de venta y nuevos puestos de trabajo [Bredlove, Laughlin 1993: 7–25, 80–93].

A pesar de grandes gastos financieros la política oficial de asimilación terminó con un fracaso rotundo. El gobierno mismo la abandonó a principios de la década de los años 80. Y no como consecuencia de unas protestas oficiales por parte de los represen-

tantes de los grupos étnicos sino de una excepcional insusceptibilidad de las comunidades tradicionales a la asimilación realizada de esta forma. Desde los principios de la conquista los indios adoptaron una actitud consistente en asimilar algunos de los contenidos culturales para defender mejor el sistema cultural propio. Ésta fue también una forma de aculturación pero tuvo carácter preventivo. Los mismos rasgos, pues, posee el fenómeno del sincretismo religioso o de adaptación de algunos rasgos de la organización social de las comunidades provenientes de las antiguas tradiciones ibéricas. La cultura que se formó a raíz del choque entre el mundo indígena y el mundo europeo, siendo nueva en muchos aspectos, resultó ser muy duradera aunque sufrió todo un proceso de transformaciones. Los indios, identificándose con las tradiciones locales defendían tenazmente su distinción étnica a lo largo de los siglos. Durante numerosos conflictos agrarios se reclamó, más de una vez, que se abandonara la política de asimilación y que se respetara el derecho a conservar la cultura propia.

En México hubo también intentos de controlar las organizaciones campesinas, cuyos miembros eran también los indios. El PRI (Partido Revolucionario Institucional), que gobierna en México desde 1929, creó la CNC (Confederación Nacional Campesina), a través de la cual se intentaba no solamente influir en las comunidades sino también prevenir eventuales protestas. No obstante, en muchas regiones donde vivían los indígenas surgían conflictos agrarios y empezaron a formarse organizaciones campesinas independientes. En 1979 se creó la CNPA (Coordinadora Nacional Plan de Ayala) que agrupó al nivel nacional todas las organizaciones independientes de las autoridades gubernamentales. Las actas de Amnistía Internacional están llenas de datos que testimonian asesinatos y persecuciones de los activistas de esas organizaciones [véase: México..., 1986: 16–28; Amnistía..., 1992: 1]. Ello se refiere, por ejemplo, al MULT (Movimiento de Unificación de Lucha Triqui), que desarrolla sus actividades entre los triques en el Estado de Oaxaca, o al CEZ (Organización Campesina Emiliano Zapata) que actuó en el Estado de Chiapas.

Por otra parte, también las actividades desarrolladas por el Instituto Lingüístico de Verano, que en 1945, gozando del consentimiento del gobierno mexicano, empezó investigaciones sobre lenguas indígenas, influyeron en la desintegración de las comunidades. Numerosos investigadores eran misioneros protestantes quienes aparte de reunir materiales para redactar diccionarios y grámaticas llevaban a cabo una intensa acción misionera. Debido a la influencia ejercida por ellos una parte de los miembros de las comunidades indígenas se hicieron evangélicos y dejaron de cumplir las tradicionales funciones sociales y religiosas. No hacían más trabajo a favor de la comunidad ni respetaban las costumbres tradicionales. Esto no hizo esperar reacción por parte de los demás miembros de la comunidad quienes, en reuniones generales, votaban a favor de la expulsión de aquellos protestantes de la comunidad, lo que significaba quitarles el derecho de utilizar las tierras comunales. Sin lugar a dudas, ésta fue una reacción de la

comunidad ante el inicio del proceso de su descomposición. Tales conflictos religiosos tuvieron y tienen lugar por ejemplo en los Estados de Oaxaca y de Chiapas y en México central [véase: Galinier 1990: 95–102; Jacórzyński, Wołowski pp.103–129; Masferrer Kan 1992: 51–53]. La evaluación de los futuros resultados de la penetración de las comunidades indígenas por las iglesias evangélicas es algo compleja, ya que la actitud de la jerarquía de la iglesia católica hacia los indios fue evaluada de distintas formas en el pasado.

A pesar de aquellas circunstancias desfavorables los vínculos tradicionales pudieron conservarse en numerosas comunidades. Allí donde predomina la propiedad ejidal, estos vínculos se refieren principalmente a la esfera ceremonial; constituyen sin embargo un importante factor que permite al grupo consolidarse e identificarse entre ellos. Las tendencias integradoras crecían también durante los conflictos agrarios movilizand o a los indios a emprender actividades comunes. Esos vínculos tradicionales fragmentarios pueden convertirse en el futuro en un importante factor de resurgimiento del sentido de identidad étnica entre los indígenas mexicanos. Lo mismo puede ocurrir incluso en una realidad completamente nueva, como pasó con los yaquis de Potam, del Estado de Sonora. Potam es una localidad que fue creada en los años 20 del siglo XX. La fundaron los indios yaqui quienes, derrotada su última sublevación, tuvieron que emigrar a distintas regiones de México voluntariamente o por fuerza. Después de la revolución mexicana se les permitía paulatinamente volver al Estado de Sonora. Los fundadores de Potam vinieron de distintas regiones; algunos de ellos habían vivido en grandes ciudades. Desde la fundación de Potam sus habitantes hicieron todo lo posible para que su comunidad se pareciera a la comunidad yaqui tradicional [Favre 1973: 365–368].

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amnistía..., 1992, *Amnistía Internacional. Violaciones de derechos humanos cometidos contra activistas indígenas Chol y Tzeltal.*, p. 2, Londres.
- BREDLOVE D. E., LAUGHLIN R. M., 1993, *The Flowering of Man. A Tzotzil Botany of Zinacantán*, vol. I., Smithsonian Contributions to Anthropology, No. 35, Washington.
- CHEMIN BÄSLER H., 1984, *Los pames septentrionales de San Luis Potosí*, México.
- FAVRE H., 1973, *Cambio y continuidad entre los Mayas de México*, México.
- GALINIER J., 1990, *La mitad del Mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, México.
- JACÓRZYŃSKI W.R., WOŁOWSKI D., 1992, *Rebelia protestancka we wsi indiańskiej*, en: *Etnografia Polska*, t. 36(2).
- Los Centros..., 1962, *Los Centros Coordinadores Indigenistas. Edición conmemorativa en ocasión del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, México.
- MASFERRER KAN E., 1992, Aires de cruzada, en: *Ojarasca*, No. 11, pp. 51–53, México.
- México..., 1986, *México. Los Derechos humanos en zonas rurales*, Publicaciones Amnistía Internacional, Madrid.
- VERA R., 1992, Lumbre o pared. Olvide usted la amnesia, en: *Ojarasca*, No. 11, México.